LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 17 de Marzo de 1917

AÑO XIII | No se devuelven los originales | Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2 | Número suelto cinco céntimos | N.º 452

La Divina Providencia y los males de este mundo

En el Evangelio de la Dominica 4.ª de Cuaresma, que en el día de mañana léase en la Santa Misa, llama la atención una frase a Nuestro Divino Salvador atribuida. Excitaban los discípulos al Maestro Divino a despedir a la muchedumbre que pendiente de sus labios le seguía sin abandonarle un momento. Arguían los interpelantes que tenía hambre y tenía que alimentarse; ellos no nada contaban adecuado a la satisfacción de esa necesidad, y el lugar a donde se le conducía a aquella multitud era un despoblado. Pero el sagrado texto dice que Jesucristo sabía perfectamente lo que habría de hacer en tal coyuntura. De esta suerte lo que consideraban como un despropósito a aquellos seguidores de Cristo, resultó un triunfo ruidoso y una muestra altamente significativa de la [illegible] Con efecto, Esta emplea medios sapientísimos que la mayor parte de las veces están ocultos a la menguada sabiduría humana, en especial cuando los males afligen a la criatura racional, hechura predilecta del Altísimo.

Por de pronto [illegible] que presuponer que siendo Dios sabio, poderoso y bueno en grado infinito tiene que encaminar a todas las cosas hacia la consecución de sus respectivos y propios fines. Dejaría de ser Dios y esos atributos serían baldíos, si no señalase a toda criatura un fin digno y conforme a su naturaleza y exigencias infundidas en lo más profundo de los seres todos; y si en la procecución y obtención de esos fines revelados por las tendencias hacia ellos hubiese algún obstáculo que impidiese del todo la realización armónica del orden universal.

A este propósito enseña la Sagrada Escritura que con efecto Dios creó todo, así lo grande como lo pequeño y que cuida por igual de todo lo que creó (Libro de la Sabiduría, VI, 8.)

Y Cristo Nuestro Bien en el Evangelio insistió en esta misma verdad del esquisito cuidado de que son objeto todas las cosas hasta las mínimas y en primer término el hombre. A este le daba la primacía sobre los pajarillos del aire y a los cabellos de la cabeza, a pesar de no caer ni uno de éstos sin el beneplácito de Nuestro Padre Celestial (San Mateo, X, 29). Son hechuras suyas todas las cosas y el conjunto de ellas o el universo mundo, y [illegible] que proveer [illegible] a su conservación y normal finalidad, y gobernar esa inmensa máquina a guisa de consumado piloto, atento y cuidadoso, siempre mano en el timón, dirigiendo el navío a través de todos los escollos y arrostrando todas las tormentas hasta llegar al puerto prefijado.

No hemos de entrar en el examen detallado de los aspectos múltiples en que se ostenta la Providencia Divina. Sólo un punto de vista ofreceremos al lector por ser el que más se resiste a muchos desconocedores del plan sapientísimo de la Creación y de la Redención.

¿Por qué si Dios es Sapientísimo, Poderosísimo y Bondadosísimo, no evita que sus hijos sean víctimas de las muchas penalidades que afligen habitualmente a buenos y malos en esta vida mortal?

Ante todo no se pierda de vista que la existencia del hombre no está limitada a este mundo, sino que antes bien es la vida presente un destierro, un lugar de paso, un camino, una preparación para la vida eterna. Para comprender el plan divino es menester abarcar el tiempo y toda la eternidad. Y si así se procede no tendremos ni asomo siquiera de razón en acusar a la Divina Providencia, aunque lo viesen desgracias, calamidades e infortunios sobre todos y cada uno de los individuos y sobre todos y cada uno de los pueblos. Si uno se atreviese a formular esas quejas se asemejaría a aquel que no descubriese en un cuadro de gran tamaño y de subido mérito sino una parte pequeña. Hay que contemplar la totalidad del cuadro a fin de apreciar la significación de lo que antes se estimaba como borrón, sombra o líneas sin fin ni objeto. Entonces sí que cambiaríamos de opinión. No de otra suerte esta vida es parte diminuta del cuadro total de la existencia; hay que verla en conjunto con toda la eternidad y así resaltará la hermosura del cuadro.

Y puesto que no podemos extendernos más en estas consideraciones que llevarían la convicción al más prevenido, bástenos recordar que el pecador como el loco *por la pena el cuerdo*; vuelve a fijos sus miradas al verse privado el pecador de honras, comodidades y placeres, que le alejaban de El; palpa la vanidad de los bienes de acá abajo [illegible] un corazón necesitado de afecto [illegible] en el corazón de Cristo y de [illegible] Celestial. Es que ha escarmentado y curándose del amor mundano, visto lo falso de sus atenciones y halagos y anhela otros bienes más sólidos y duraderos, que lo son los de la gracia de Dios y observancia de los Mandamientos divinos.

Por lo que hace a los buenos, los males, las tribulaciones preservanles de las caídas, como las espinas guardan las rosas y la corona de los ladrones; practican las más altas virtudes y granjean méritos acrisolados con la piedra de toque de la paciencia, al ofrecer resignados al Señor esas penalidades; y ofrecen satisfacciones y oraciones fervorosísimas si se trata de satisfacer a Dios injuriado; y arraiga en fin, en sus espíritus, al ser fieles imitadores de Cristo la más legítima esperanza de eterna y riquísimos galardones en la verdadera que es el Cielo. (Vid. Ad *Romanos* V 3.)

Ciego del evangelio

Señor, Jesús, que no veo,
disipad mi ceguedad:
curadme, Señor, yo creo
que Vos me podéis curar.
El Maestro, apercibido,
en él fijó su atención,
y le dijo conmovido:
¿lo dices de corazón?
Sí, Señor, respondióle él.
Yo sé que podéis curarme,
Creo, Señor, que a salvarme
habéis venido a Israel.
Tomó Jesús de la ría
lodo, los ojos le untó,
y con la paz que solía,
¿ves algo? le preguntó.
Señor, dijo él: las personas,
como árboles que corren,
unas así como sombras
que se quitan y se ponen.
Le dijo, que en la fuente
de Siloé curarás;
tus ojos en su corriente
lava bien y sanarás.
Con la presteza del viento
hacia la fuente corrió:
lavóse bien, y ¡oh portento!
[illegible] ciego y ya vió.

Almas, que cruzáis el mundo
por tan densa obscuridad,
que ni acertáis a pasar
de este cenagal inmundo.
Cuando sintáis los abrojos
de este mundo duro y agrio,
tened fe; id al Sagrario
y se abrirán vuestros ojos.

SEGUNDO G. DE LA TORRE

El glorioso Patriarca San José

Otra vez vamos a celebrar la fiesta del mayor de los Santos, salvo la Santísima Virgen, fiesta que llena el alma de los católicos de alegría y el corazón de júbilo santo.

Son tan numerosas y tan subidísimas las prerrogativas del Patriarca por excelencia, que el lector las hará objeto de sus piadosas meditaciones y sacará en legítima consecuencia que no cabe valedor más soberanamente poderoso en el remedio de las miserias humanas de todo linaje y defensor más seguro y fuerte en el constante y rudo pelear frente a los enconados enemigos corporales y espirituales que el héroe por excelencia que mereció el ínclito y jamás oído privilegio de ejercer funciones de mando y de dirección y de protección hacia el Rey de Reyes y Señor y de los que dominan. Considérese ahora hasta qué punto alcanzará el valimiento y el poderío de intercesión cerca del Omnipotente que un día estuvo bajo sus órdenes y enlazado con los dulcísimos y fortísimos lazos de [illegible] adoptivo.

No es extraño pues, que un religioso francisca no exclame entusiasmado ¡San José! he ahí el encanto mayor de los cielos, y el hechizo más soberano de los ángeles y el asombro más estupendo de los Santos y el terror más espantable de los demonios, y el consuelo más sabroso de los necesitados, y la esperanza más inefable y consoladora de los pecadores y el amparo más seguro y omnipotente de los moribundos, y el escudo y la defensa más formidable, irreductible y firme de la Iglesia y de las almas, después de Jesucristo y su Madre.

"¡San José", he ahí el Santo a quien acudieron e invocaron siempre todos los Santos y al que jamás dejará de acudir e invocar en todas sus necesidades y apuros la Iglesia Católica, y al que siempre fueron y al que siempre irán en demanda de socorro y auxilio todos los que han de salvarse.

Profetizando al Custodio del Dios-Hacedor del mundo y al Defensor nato y al emparador sacrosanto del Augusto Niño Dios y al Protector y sostenedor heróico de la vida del Hijo de Dios mientras tuvo perseguidores y necesidades había dicho Salomón en los Proverbios (XXVII, 18) que el Custodio del Señor sería glorificado. *Et qui custos est Domini glorificabitur*. Tan fundada es esta interpretación que el Pontífice Clemente XI no duda en afirmar que al Defensor de Dios, nues-